José A. Ezcurdia Lavigne, S. I.

Compendio popular
de la
DEVOCION A LA VIRGEN

(2ª edición actualizada)

Con Licencia Eclesiastica

Deposito Legal-M-9733-89

I S B N.-84-7770-154-7

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

PROLOGO

Se han cumplido ya los 30 años desde la publicación de este compendio, al poco de la celebración del Año Mariano de 1954 y destinado a un tipo de lectores muy concreto con el objetivo de ofrecerle los elementos más indispensables para el fundamento y ejercicio de la devoción a la Virgen.

El hecho es que la obra se agotó pronto, pero no volvió a reeditarse. Y, mientras tanto, hemos seguido exponiendo las ideas en ella contenidas y no sólo en ambientes populares -para los que habían sido concebidas-, sino también, y con relativa frecuencia, ante auditorios integrados por universitarios o profesionales e, incluso, por religiosos y religiosas.

La experiencia nos ha confirmado que la devoción mariana y sus fundamentos, tal como entonces se presentaron, calaban en tan variados colectivos sin duda porque su disposición interior fue siempre de humilde y sincera apertura de corazón, lo que constituye la mejor disposición -imprescindible además- para que la verdad de Dios se transmita y penetre en las almas. No en vano así lo anunciaba el mismo Je-

sús: "Yo os aseguro: si no cambiais y os haceis como los niños, no entrareis en el Reino de los Cielos" (San Mateo, 18,3). Y poco importa, entonces, que el instrumento que sirve de vehículo a la Palabra sea modesto y, en apariencia, desproporcionado porque ya advertía San Ignacio de Loyola, en agudo maestro de espíritu, que "no el mucho saber harta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente" (Ejercicios Espirituales, Anotación 2ª).

Muchas buenas personas nos han pedido más de una vez el texto impreso de lo que escuchaban. No se lo podíamos ofrecer; pero ahora, en este nuevo Año Mariano que la Providencia, de la mano de Juan Pablo II, nos acaba de deparar nos ha parecido oportuno reeditarlo. Y lo hacemos respetando casi en su integridad la redacción primitiva. Apenas nos hemos permitido la adición de una primera parte en la que se recopilan sumariamente los fundamentos dogmáticos y conciliares de la Mariología, así como también algunos fragmentos de la reciente Encíclica del Papa en el Año Mariano. Y, como apéndice final, una serie de textos litúrgicos. Por lo demás, en lo que en la presente edición han pasado a ser la segunda y tercera partes, solamente incluimos pequeños complementos o actualizaciones.

En resumen: no ha variado nuestra pretensión inicial y volvemos a brindar al pueblo fiel un empeño que, entonces y ahora, pare-

ció útil. Tratamos de confirmar que "todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos -y, también, de la Madre del Cielo- es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo" (San Mateo, 13,52). Nosotros sacamos lo viejo. Quedan abiertas otras oportunidades para que otros -con más preparación y tiempo- saquen lo nuevo. Pero todo, lo viejo y lo nuevo, en honor de la Virgen María y en fomento de su devoción.

Madrid, en la Clausura del Año Mariano, 8 de diciembre de 1988, festividad de la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen.

SIGLO MARIANO

El Año Mariano era la coronación de todo un siglo mariano. El que comenzó el 8 de diciembre de 1854 con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción lo ha sido ciertamente. Así lo ha querido Dios, celoso de la gloria y honra de su Madre y, no menos, del bien espiritual de los hombres, tan necesitados en estos últimos tiempos de ayudas espirituales. Siglo mariano. Siglo de predilecciones particularísimas de la Virgen hacia sus hijos, desterrados en este valle de lágrimas.

No habían pasado más que cuatro años de aquella fecha solemne y Ella, la Inmaculada Concepción, baja en Lourdes para hablar con una niña humilde y sencila. Lo que Lourdes ha supuesto en la historia religiosa moderna no es fácil explicarlo. Los milagros del Evangelio parecen repetirse. Al paso de Cristo Sacramentado bendiciendo a los enfermos, tendidos en la inmensa explanada, hay, otra vez, ciegos que ven, sordos que oyen, paralíticos que andan. Pero, sobre todo, ¡qué renovación en la fe, qué conmoción en las conciencias! ¡Cuántos, cuyas almas habían permanecido hasta entonces cerradas a la gracia, han aprendido a rezar ante la gruta de la Virgen! ¡Y cómo Ella, la Reina de la paz, ha sabido unir, en una sola oración, en un mismo canto de amor y de esperanza, a los hombres de

diversas naciones separados por tan terribles guerras en el transcurso del siglo!

Y tras Lourdes, Fátima. Otra vez los pastores, pobres pero fervorosos. El mensaje del cielo, parecido: unos mismos portentos en los cuerpos y en las almas. Sólo que, como cada vez son los hombres más reacios y perezosos para buscar la verdad, la Virgen no se contenta con darse a conocer en un rincón de la tierra, sino que inspira a sus devotos la lleven peregrinando por las cinco partes del mundo. Es Ella quien sale al encuentro de los descarriados para recogerlos bajo los plieges de su manto en un abrazo de amor.

Estas páginas, también, quieren llevar a todos el mensaje de la Virgen, la noticia de su devoción, el anuncio de su llamada. Para despertar en algunos unas brasas ya casi apagadas; para reavivar más aún en otros un fuego que arde. Las hemos escrito procurando hermanar la sencillez y concisión con la verdad y exactitud en la doctrina y pensando más particularmente en quienes dan sus primeros pasos por el camino de esta devoción, lo cual no excluye el que muchas cosas aprovechen también, y algunas aun preferentemente, a los en ella ya de antes avanzados y experimentados.

Cuando, siguiendo la invitación de la Iglesia y del Papa, todos seamos más marianos, el mundo entero andará mejor. Los jóvenes serán más puros, las familias más dichosas, los profesionales más honrados, los sacerdotes y religiosos más santos y dotados de mayor eficacia

apostólica... Viviremos con más fe, con más amor, miraremos al cielo con mayor esperanza, sabiendo que en él nos espera nuestra Madre, en cuerpo y alma -el último dogma del siglo mariano- para darnos eternamente a Jesús, el fruto bendito de su vientre.

PRIMERA PARTE

MARIA EN LA FE DE LA IGLESIA

1

DESARROLLO DOGMATICO MARIANO

Como tendremos más adelante ocasión de comprobar el Concilio Vaticano II (Constitución dogmática sobre la Iglesia, "Lumen gentium", nº 67) advierte que *la verdadera devoción mariana procede de la fe verdadera.*

Nada mejor, por tanto, en nuestra presentación de una *Mariología fundamental* que iniciar la tarea con un repaso, siquiera sea elemental y rápido, de los principales *textos pontificios y conciliares* que han ido fijando la fe de la Iglesia en todas la épocas del desarrollo teológico. Comprobaremos con gozo cómo, tántas veces, tales declaraciones no vienen sino a corroborar y a dar refrendo oficial a lo que, desde el principio, era ya *patrimonio de la Iglesia popular.* Recuérdese, por ejemplo, el grito anticipado y unánime de los fieles de Efeso -"Santa María, Madre de Dios..."- que completaba el saludo del ángel en la Anunciación para componer la oración por excelencia de la Virgen, el Ave María.

A este respecto, como punto de partida y en nota a pié de página inserta en la 1ª edición en el apartado referente a la Virgen como Madre

nuestra se decía: "El que la Virgen sea verdaderamente Madre de Dios es el fundamento de todas sus grandezas y privilegios y también, por consiguiente, de la eficacia de su devoción y del deseo del Señor de que la practiquemos con toda el alma. Previendo la Maternidad divina de María, Dios la quiso y la hizo Inmaculada, la adornó de todas las virtudes, y, al fin de sus días, dispuso su subida en cuerpo y alma a los cielos. Todo cuanto se diga de la Virgen deriva de su elección para Madre de Dios. Nunca lo debemos olvidar para orientar y entender bien la Mariología".

La *maternidad divina de María* viene solemnemente proclamada por el *Concilio de Efeso*:

> "Porque no es que primero naciera de la santa Virgen un hombre corriente y después descendiera sobre él el Verbo. Lo que decimos es que unido desde el seno materno [a la naturaleza humana], se sometió a un nacimiento carnal, como quiera que hacía suyo el nacimiento de su propia carne...
>
> Por eso no dudaron [los Santos Padres] en llamar madre de Dios a la santa Virgen, no porque la naturaleza del Verbo o su divinidad tomaran de la santa Virgen el principio de su ser, sino porque de ella se formó aquel Sagrado cuerpo animado de un alma racional y al que se unió perso-

nalmente el Logos que se dice engendrado según la carne" (*Concilio de Efeso*, Sesión 1ª, 22 de junio de 431).

Por otra parte, el *verdadero sentido* de la maternidad divina de María, frente a quienes opinaban que Jesucristo no era realmente Dios o no había asumido plenamente la naturaleza humana, se fija unos años más tarde:

> "En cuanto a la gloriosa, santa, siempre Virgen María, enseñamos que con toda exactitud es proclamada por los católicos, en sentido propio y verdadero, Madre de Dios-Verbo que de ella tomó carne. Porque en sentido propio y verdadero fue él mismo quien, hecho hombre en estos últimos tiempos, se dignó nacer de la santa y gloriosa Virgen su Madre. Por lo tanto, puesto que el Hijo de Dios tomó carne de ella y nació de ella en un sentido propio y verdadero, por eso mismo confesamos que ella es en sentido propio y verdadero Madre de Dios encarnado y nacido de ella. Y decimos 'en sentido propio', no se vaya a creer que el Señor Jesús ha recibido el nombre de Dios a título de honor o de favor, como lo pensó estupidamente Nestorio. En un sentido verdadero no se vaya a creer que tomó de la Virgen una carne imaginaria o en cierto modo irreal, como lo afirmó Eutiques en su impiedad" (*Carta de Juan II*, marzo de 534).

Madre y Virgen. Así fue considerada desde siempre María hasta el punto de que esta prerrogativa quedó incluída como verdad fundamental de la fe cristiana en los primitivos *Símbolos*. Así entre otros:

> "Creo en Dios Padre todopoderoso creador del cielo y de la tierra y en Jesucristo, su Hijo único, nuestro Señor, que fue concebido del Espíritu Santo, nació de María Virgen..." (*Símbolo apostólico,* fórmula romana).

Y utilizando por primera vez la expresión "siempre virgen":

> "Creemos... en un solo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios... que... se encarnó, es decir, fue engendrado perfectamente de santa María la siempre virgen, por obra del Espíritu Santo..." (*Símbolo de San Epifanio,* 374).

La extensión del concepto de virginidad desde la *concepción* al mismo *parto* queda también proclamada:

> "Así, pues, fue concebido Jesucristo por el Espíritu Santo en el seno de una madre Virgen, que lo dio a luz sin perder su virginidad, como sin perder su virginidad lo había concebido..." (*Carta de San Leon Magno* a Flaviano de Constantinopla, 13 de junio de 449).

Finalmente, la fórmula que había de adquirir carta de naturaleza "virgen antes del parto, en el parto, después del parto" se utiliza desde el siglo XVI, en plena Reforma protestante, saliendo al paso de diferentes deformaciones de la fe católica como la de quienes afirmaban que:

> "la misma bienaventurada Virgen María no es verdadera Madre de Dios, ni permaneció siempre en la integridad de su virginidad, es decir, antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto..." (Bula "*Cum quorumdam*", de *Paulo IV*, 7 de agosto de 1555).

No resulta nada extraño, a la vista de tales antecedentes, que el sentido de la fe cristiana se fuera orientando, desde bien pronto, en favor de lo que, corriendo los tiempos, había de definirse como el dogma de la *Inmaculada Concepción*: Y ello a pesar de las dificultades que la idea encerraba por su aparente contradicción con la universalidad de la Redención realizada por Jesucristo en favor de todos los hombres sin excepción. Pero se fue abriendo paso desde la reflexión sobre las Escrituras, a través de la liturgia, del arte religioso, de las controversias teológicas, irresistiblemente, como algo que lleva en sí mismo el sello de Dios que así lo ha querido y dispuesto. No es ocasión de seguir este desarrollo

pormenorizado (*) sino, como hasta ahora, de ofrecer unos cuantos textos eclesiales más significativos. Por ejemplo éste del Papa *Sixto IV*:

> "Cuando indagando con devota consi-deración escudriñamos las excelsas prerroga-tivas de los méritos con que la reina del cielo, la gloriosa Virgen Madre de Dios elevada a las alturas celestes brilla entre los astros como estrella de la mañana..., juzgamos que es cosa digna, más aún, obligado, invitar a todos los fieles cristianos, a que den gracias y alabanzas a Dios todopoderoso, por la admirable concepción de la Virgen Inmaculada..." (*Constitución "Cum praeexcelsa"*, 27 de febrero de 1477).

El *Concilio de Trento*, y precisamente en sus decretos sobre el pecado original y la justificación, supuso un importante avance en la doctrina inmaculista en cuanto que, uno y otro, reservaban un tratamiento teológico especial a la Virgen María dejando el camino expedito para una futura definición:

> "Declara... este mismo santo concilio que no es intención suya incluir en este de-

---

(*) Puede consultarse a nivel de divulgación la obra de SOLA, S. I., Francisco de Paula: *La inmaculada Concep-ción. Estudio histórico-dogmático-litúrgico*, Editorial Lumen, Barcelona (1941).

creto, en el que se trata del pecado original, a la bienaventurada e inmaculada Virgen María, Madre de Dios..." (*Concilio de Trento, Decreto sobre el pecado original*, Sesión 5ª, 17 de junio de 1546).

"Si alguno dijese que el hombre una vez justificado no puede pecar en adelante, ni perder la gracia; y que, por tanto, el hombre que cae y peca nunca fue verdaderamente justificado; o, al contrario, que puede evitar durante toda su vida todos los pecados aun veniales, a no ser por un especial privilegio de Dios, como la Iglesia lo mantiene acerca de la bienaventurada Virgen, sea anatema" (*Concilio de Trento, Decreto sobre la justificación*, Sesión 6ª, 13 de enero de 1547).

El día *8 de diciembre de 1854* se cerraba un capítulo de siglos en la historia mariana. El Decano del Sacro Colegio de Cardenales suplicaba al Papa Pío IX: "Lo que tanto tiempo la Religión Cristiana ardientemente desea y reiteradamente implora, a saber, el que para mayor alabanza, veneración y gloria de la Santísima Virgen María, sea definida con tu supremo e infalible juicio la Concepción Inmaculada de la misma Virgen; esto mismo Nos, en nombre del Sagrado Colegio Cardenalicio, de los Obispos católicos y todos lo fieles de Cristo, humilde y encarecidamente te suplicamos... séate grato...

pronunciar el decreto dogmático de la Concepción Inmaculada de la Virgen Madre de Dios; por lo que habría gozo en el Cielo, y todo el mundo esparcido por la redondez del orbe se regocijará en gran manera".

En estos términos se expresa la *definición*:

"... declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, está revelada por Dios; y, por consiguiente, ha de ser creída firme y constantemente por todos los fieles" (*Bula "Ineffabilis Deus"*, de *Pío IX*, 8 de diciembre de1854).

La *Asunción* de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos no es sino una consecuencia del dogma de la Inmaculada Concepción. También en este caso el sentir de la Iglesia, el culto, la imaginería religiosa, los votos de las ciudades, cabildos, universidades, se adelantaron a la proclamación oficial que no llegó hasta mediado exactamente el siglo XX. Se expresaba en estos términos:

"Ellas (las consideraciones de los Santos Padres apoyadas en la Sagrada Escritura) nos ponen ante los ojos a la

Augusta Madre de Dios en estrechísima unión con su divino Hijo y siempre participando de su suerte... Pudiendo, pues, enriquecerla con tan grande honor, como el de preservarla inmune de la corrupción del sepulcro, debe creerse que efectivamente lo hizo".

"... como la gloriosa resurrección de Cristo fue parte esencial de esta victoria (sobre el pecado y la muerte) y el último trofeo, la lucha común de la bienventurada virgen y su Hijo tenía que terminar con la glorificación de su cuerpo virginal".

"Por todo esto... proclamamos, declaramos y definimos que es dogma divinamente revelado que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial" (*Pío XII, Constitución apostólica "Munificentissimus Deus*", 1 de noviembre de 1950).

2

EL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II (1962-1965), a diferencia de los que le precedieron en la Historia de la Iglesia, prescindió de definiciones domáticas que no juzgó necesarias. Se ha dicho de él que fue un Concilio eminentemente *pastoral*, que trató de responder desde planteamientos cristianos, a las imperiosas llamadas de un mundo en transformación y, para ello, adaptar y disponer a la propia Iglesia, inmutable en su esencia por voluntad de su Fundador, al reto -en lenguaje y en obras- de los tiempos modernos.

Pero, naturalmente, a través de todos sus documentos, declaraciones y constituciones, se manifesta *la fe del Pueblo de Dios y el sentir del Magisterio* en todo aquello que constituye o se relaciona con el depósito de la Revelación. También en lo referente a la Virgen María, a su misión en la Iglesia, a su culto y devoción. A su figura, admirable y admirada, dedicó el Concilio un capítulo íntegro, el VIII ("La Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia") de la *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, más conocida como la "Lumen gentium".

De ella entresacamos los párrafos que nos han parecido más expresivos para completar la aportación de textos sobre María en la fe de la Iglesia.

Madre de Dios y de los hombres.

"Redimida de un modo eminente en atención a los méritos futuros de su Hijo y a El unida con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo... Al mismo tiempo ella está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados; más aún, es verdaderemante madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza..." (53).

Colaboradora en la salvación humana.

"Con razón... los Santos Padres estiman a María no como un mero instrumento pasivo, sino como cooperadora a la salvación humana por la libre fe y obediencia... (56). La unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción original de Cristo hasta su muerte... (57).

La Virgen Inmaculada, asunta y Reina.

"... la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de pecado original, terminado el curso de la vida terrena, en alma y cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan y vencedor del pecado y de la muerte" (59).

Maternidad espiritual.

"La Bienaventurada Virgen, predestinada desde toda la eternidad cual Madre de Dios... Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la cruz, cooperó en forma del todo singular, por obediencia, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia" (61).

Mediación universal.

"Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia... Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio de salud, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación... Por eso, la Bienaventurada Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada,

Auxiliadora. Socorro, Mediadora. Lo cual sin embargo, se entiende de manera que nada quite ni agregue a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador" (62).

Prototipo de la Iglesia.

"La Bienventurada Virgen por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo redentor,y por sus singulares gracias y dones, está unida también intrínsecamente a la Iglesia. La Madre de Dios es tipo de la Iglesia como ya enseñaba San Ambrosio a saber, en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada Madre y Virgen, la Bienaventurada Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre" (63).

Culto a la Virgen.

" María... con razón es honrada con especial culto por la Iglesia... Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, aunque es del todo singular, difiere esencialmente del culto de adoración que se da por igual al Verbo encarnado y al Padre y al Espíritu Santo, y contribuye poderosamente a él, pues las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios que la Iglesia ha aprobado dentro de los límites de la

doctrina sana y ortodoxa, según las condiciones de los tiempos y lugares y según la índole y modo de ser de los fieles, hacen que, mientras se honra a la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas y en quien tuvo a bien el Padre que morase toda la plenitud, sea mejor conocido, amado, glorificado, y sean mejor cumplidos sus mandamientos" (66).

La verdadera devoción.

Recuerden... los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes" (67).

Esperanza y consuelo de peregrinos.

".... la Mádre de Jesús, de la misma manera que, ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo, asi en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor, antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza segura y de consuelo" (68).

3

ENCICLICA DE JUAN PABLO II EN EL AÑO MARIANO 1987

El Papa Juan Pablo II, que dedicó su primera Encíclica al *Redentor del hombre*, ha regalado a su Iglesia, con motivo del Año mariano conmemorativo del bimilenario del nacimiento de María, con otro documento del mismo rango bajo el título de "Redemptoris Mater", es decir, la *Madre del Redentor.*

No falta quien se ha preguntado: ¿para qué una nueva Encíclica mariana? ¿Para qué un Año mariano? Los títulos de una y otra Encíclica adelantan una respuesta: no se puede desligar la misión del Redentor, Jesús Salvador, de la figura de su Madre, de quien tomó carne humana porque "al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (*San Pablo: a los Gálatas,* 4.4-5).

Por eso, un comentarista de la Encíclica (*) ha podido escribir que "no creemos en un Cristo desencarnado, desarraigado de nuestra tierra y de nuestra raza, sino que creemos en el Cristo nacido de mujer, nacido de María para hacernos hijos de Dios. El único Cristo que existe es el Hijo de Dios e Hijo de María. Gracias a ella podemos decir que Cristo es nuestro hermano y de nuestra raza. No podemos pretender cambiar el plan de Dios y negar la mediación maternal de María".

Estas son las gozosas realidades que nos presenta el documento del que, como de los anteriores y sin pretender ofrecer ni siquiera su síntesis, seleccionamos los párrafos más significativos en orden a fundamentar nuestra devoción a la Virgen.

El plan de la salvación y María.

"El *plan divino de la salvación*... es eterno. Está también... *eternamente unido a Cristo.* Abarca a todos los hombres, pero reserva un lugar particular a la 'mujer' que es Madre de aquel al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación" (7).

(*) FERNANDEZ, Domiciano: *Madre del Redentor*, Vida religiosa, 63-7 (mayo 1987), 207.

En el misterio de Cristo por la gracia y la fe.

"... en la expresión 'feliz la que ha creído' podemos encontrar *como una clave* que nos abre a la realidad íntima de María, a la que el ángel ha saludado como 'llena de gracia'. Si como 'llena de gracia' ha estado presente eternamente en el misterio de Cristo por la fe se convertía en partícipe en toda la extensión de su itinerario terreno: 'Avanzó en la peregrinación de la fe' y al mismo tiempo, de modo discreto, pero directo y eficaz, hacía presente a los hombres el *misterio de Cristo.* Y sigue haciéndolo todavía, y por el misterio de Cristo está presente entre los hombres. Así, mediante el misterio del Hijo, se aclara también el misterio de la Madre" (19).

La Virgen, digna de bendición.

"Sin lugar a dudas, María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús Madre, según la carne ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!, pero también y sobre todo porque ya en el instante de la anunciación ha acogido la Palabra de Dios, porque ha creído. *porque fue obediente a Dios*, porque 'guardaba' la Palabra y la 'conservaba cuidadosamente en su corazón' y la cumplía totalmente en su vida "(20).

Mediadora e intercesora.

"María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. *Se pone 'en medio', o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede -más bien 'tiene el derecho de' - hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María 'interce-de' por los hombres" (21).

Madre de la Iglesia.

"Según el eterno designio de la Providencia, la maternidad divina de María debe derramarse sobre la Iglesia, como indican algunas afirmaciones de la tradición, para las cuales la 'maternidad' de María respecto de la Iglesia es el reflejo y la prolongación de su maternidad respecto del hijo de Dios" (24).

Entrega filial del cristiano.

"La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan 'acoge entre sus cosas propias' a

la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su 'yo' humano y cristiano: 'la acogió en su casa'. Así el cristiano trata de entrar en el radio de acción de aquella 'caridad materna', con la que la Madre del Redentor 'cuida de los hermanos de su Hijo', 'a cuya generación y educación coopera' según la medida del don, propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo" (45).

Razones para el Año Mariano.

"Precisamente el vínculo especial de la humanidad con esta Madre me ha movido a proclamar en la Iglesia, en el período que precede a la conclusión del segundo milenio del nacimiento de Cristo, un Año Mariano... deseo poner de relieve la *especial presencia* de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia... El Año Mariano deberá promover.. una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la bienventurada Virgen María, Madre de Dios... Se trata aquí no sólo de la *doctrina de fe*, sino también *de la vida de fe* y, por tanto, de la auténtica 'espiritualidad mariana'... "(48).

"Así, mediante este Año Mariano, *la Iglesia es llamada* no sólo a recordar todo lo que en su pasado testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, sino además a *preparar*, por su parte, cara al futuro las vías de esta

cooperación, ya que el final del segundo milenio cristiano abre como una nueva perspectiva" (49).

Invocación de la humanidad a María.

"Al final de la cotidiana liturgia de las Horas se eleva, entre otras, esta invocación de la Iglesia a María: 'Salve, Madre soberana del Redentor, puerta del cielo siempre abierta, estrella del mar; socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse, tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador'... Estas palabras se refieren a todo hombre, a las comunidades, a las naciones y a los pueblos, a las generaciones y a las épocas de la historia humana, a nuestros días, a estos años del milenio que está por concluir: 'Socorre, sí socorre al pueblo que sucumbe'...

... La humanidad ha hecho admirables descubrimientos y ha alcanzado resultados prodigiosos en el campo de la ciencia y de la técnica, ha llevado a cabo grandes obras en la vía del progreso y de la civilización, y en épocas recientes se diría que ha conseguido acelerar el curso de la historia. Pero el cambio fundamental, cambio que se puede definir 'original', acompaña siempre el camino del hombre y, a través de los diversos acontecimientos históricos, acompaña a todos y a cada uno. Es el cambio entre el 'caer' y el 'levantarse', entre la muerte y la vida.

Es también *un constante desafío* a las conciencias humanas, un desafío a toda la conciencia histórica del hombre: el desafío a seguir la vía del 'no caer' en los modos siempre antiguos y siempre nuevos, y del 'levantarse', si ha caído.

Mientras con toda la humanidad se acerca al confín de los dos milenios, la Iglesia, por su parte, con toda la comunidad de los creyentes y en unión con todo hombre de buena voluntad, recoge el gran desafío contenido en las palabras de la antífona sobre el 'pueblo que sucumbe y lucha por levantarse' y se dirige conjuntamente al Redentor y a su Madre con la invocación 'Socorre'. En efecto, la Iglesia ve -y lo confirma esta plegaria- a la Bienaventurada Madre de Dios en el misterio salvífico de Cristo y en su propio misterio; la ve profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan *hoy* la vida de los individuos, de las familias y de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que 'no caiga' o, si cae, 'se levante'" (51-52).

SEGUNDA PARTE

LA DEVOCION A LA VIRGEN

1

NUESTRAS RELACIONES CON LA VIRGEN

Nuestras relaciones con la Virgen no son recientes ni lo que aquí explanamos es cosa nueva, de esas que cuestan aprender y que difícilmente se comprenden cuando uno es ya mayor y ha vivido mucho. No. *Nuestra devoción a la Virgen es antigua.* Sólo que, tal vez, se ha adormecido, se ha olvidado un poco con el correr de los años y hay que renovarla para que cobre fuerza otra vez.

Nuestros primeros recuerdos, allá en los linderos del uso de la razón, se mezclan con la imagen de nuestra madre. Una madre buena, cariñosa, siempre pendiente de nosotros, sacrificada en un heroismo callado y oscuro. A su lado nos sentíamos seguros, confiados, tranquilos. Ella nos quería, ella nos decía la verdad, ella era nuestro último refugio en las penas, en las necesidades, en las enfermedades... Y nos acordamos de sus caricias, de su voz tan penetrante, de sus canciones tan dulces, de nuestros juegos a su lado, de aquellas veladas en su compañía en un rincón, el más agradable rincón, del viejo hogar familiar.

Pero entre todos esos recuerdos, que confusamente se agolpan en la memoria, hay uno con un encanto singular que hoy, al despertarlo, nos emociona más. Un día, como otros muchos, nos tenía sobre sus rodillas. Nos dijo algo que al principio no entendimos bien. Juntó nuestras manecitas y nos enseñó a decir: "Dios te salve, María..." Con infatigable paciencia repitió una y más veces las mismas palabras hasta que por fin, otro día, supimos decírselas por nuestra cuenta con la perfección que permitía nuestra lengua, un poco vacilante aún. Sucesivamente continuaron las lecciones, siempre ante una imagen preciosa de la Virgen colgada de la pared y que nosotros confundimos primeramente con un retrato de nuestra madre. ¡Se parecía tanto!... Ella nos dijo que era la Virgen, nos contó unas historias preciosas y nos enseñó a quererla mucho... Así, en las rodillas de nuestra madre, aprendimos a rezar. Así nació, hace ya muchos años, nuestra devoción a la Virgen.

Y es que Dios ha puesto en nuestras madres un instinto maravilloso. Dios les pide que crien hijos para el cielo, y les inspira que la Virgen será quien les enseñará y hará fácil el camino del cielo. Ellas, por otra parte, se saben imprescindibles e insustituibles en nuestra educación. Saben que si faltan, esos sus hijos quedarán expuestos a mil peligros de cuerpo y alma. Pero saben también que la vida es frágil; la terrible experiencia de todos los días se lo está diciendo. Saben que pueden faltar, saben que pued

morir, saben que, aunque no mueran, llegará un día en que esos hijos crecerán, se alejarán de su lado y quedarán sin madre. Ellas no lo pueden sufrir. Su fe y su amor les enseña que sólo la Virgen, la que nunca falta, podrá llenar el vacío que ellas dejen. Y que lo llenará con creces, porque la acción y la influencia de María supera con mucho a la de nuestras madres. Por eso nos enseñaron a rezar y a amar a la Madre del Cielo. (*)

No se trata, pues, de aprender cosas nuevas. Se trata nada menos que de recordar lo primero que aprendimos en el regazo de nuestras madres. ¿Nos da verguenza? ¿Por qué? Es que ya no somos niños, decimos. Ante los hombres, no; pero ante Dios, sí; todos somos niños ante Dios, los jóvenes y los viejos, los sabios y los ignorantes... Además, ¿no seguimos queriendo a

---

(*) No podemos resistir a la tentación de transcribir aquí estas líneas de dos cartas de una madre a su hijo, alejado de su lado por seguir el llamamiento de Dios a la vida religiosa, en las que se refleja cuanto acabamos de afirmar y que contienen, por otra parte, un magnífico programa de devoción mariana: "Confía en la Virgen tú también, cuéntale tus penas, tus dudas, tus ilusiones; siempre encontrarás la Madre cariñosa que te animará y abrirá sus brazos para estrecharte sobre su corazón. Siempre le pido eso para ti". "Yo le pido siempre a la Virgen que te de ese calor de Madre, sobre todo en el corazón, y creo que me oye cuando le digo que antes de olvidarte de Ella te olvides de mí, pero que no deje de protegerte".

nuestras madres cuando somos mayores? ¿No se emocionan los hombres más rudos, no lloran los soldados más valientes al recuerdo de sus madres? ¿Por qué no hemos de seguir queriendo a la Virgen, nuestra Madre del Cielo, durante toda la vida? La podemos querer, sí, sin avergonzarnos por ello. No faltarán medios de manifestarle nuestro amor que sean propios de nuestra edad y de nuestra condición. Una cosa son los medios y otra nuestro amor. Aquéllos podrán variar, éste debe mantenerse siempre el mismo. Como a nuestra madre de la tierra a quien ahora, tal vez, manifestamos nuestro cariño de muy diversa manera a como lo haciamos cuando éramos pequeños, sin que por eso disminuya.

Vamos a repetir, a nuestro modo, lo que nos enseñaron nuestras madres. No puede ser malo. ¿No éramos felices entonces? Vamos a tomar de nuevo el *camino de la felicidad*. La Virgen, sin duda, nos hará felices.

2

LA VIRGEN, NUESTRA MADRE

Dios sabe hacer bien las cosas. En las familias puso una madre que cuida de los hijos y los educa. En la *gran familia de la Iglesia* quiso que hubiera igualmente *una Madre*, cuya misión fuera mucho más amplia que la de aquélla. Madre que no sólo llene nuestro amor, sino que guarde nuestras almas, facilite nuestra vida espiritual y nos enseñe el camino del cielo. Madre que, por serlo, nos da la vida que es Jesús, Redentor de los hombres. Vida sobrenatural que vale mucho más que la natural. Esa Madre es la Virgen, la Madre de Jesús. Aquí se ve bien el amor de Dios para con nosotros al querer que su propia Madre fuera esa Madre espiritual que ofrecía a los hombres. Nuestra Madre es la Virgen, María, la Inmaculada, la *Madre de Dios*. Buenísima, santísima, a la que el Señor se complace en escuchar...

Es lo primero de que tenemos que convencernos. Dios nos ha dado una Madre. Esta Madre es la suya propia. Somos *hijos de la Virgen*, somos *hermanos de Jesús*. El día en que esta idea penetre del todo en nuestros entendimientos habremos dado un paso definitivo en la vida, habremos encontrado el camino de nuestra

felicidad, de nuestra santidad, habremos asegurado el cielo. ¡*La Madre de Dios es mi Madre*! Tenemos que repetirlo muchas veces para que, al fin, lleguemos a saborearlo íntimamente. Y, mientras tanto, vivir de fe, creerlo firmemente. Algún día lo sentiremos dentro de nuestra alma como lo han sentido muchos santos, como lo

sienten muchas personas, devotas de la Virgen, que viven a nuestro lado (*).

(*) Véanse los sentimientos que estas ideas inspiran al gran tribuno católico Vázquez de Mella, expresados en uno de sus discursos: "Hay una palabra que es la primera que se pronuncia: Madre. Sólo los que la han conocido y la han perdido después de vivir y crecer bajo el impulso de su amor, pueden comprender todo lo que ese nombre encierra. El despertar de la niñez y las primeras oraciones puestas con los primeros besos en los labios; las horas doradas de la adolescencia que no volverán; las ilusiones, las inquietudes, las esperanzas y también los desengaños que las marchitan; las congojas y las alegrías, todo se enlaza a la que nos comunicó la savia del cuerpo y del alma; y, por eso, cuando la perdemos, nos acompaña como una sombra invisible, dejándonos un recuerdo fúnebre que los años no borran en la memoria, y una espina clavada siempre en el corazón. ¡La orfandad! ¿Qué religión y filosofía han pensado en aliviarla y suprimirla, sustituyendo la madre muerta con una que no muere nunca? Sólo una religión divina podía hacerlo, y la Iglesia nos la muestra en la Virgen, no como un símbolo, sino como una realidad, como la realidad que invocan en las horas de angustia nuestras madres, y de la que todos guardamos testimonio porque es Ella la que, en momentos supremos, cuando el corazón es arrastrado por las aguas negras del dolor, parece que se inclina hacia nosotros y nos alarga su manto para que, asidos a él, nos salvemos del naufragio". (Discurso en el Teatro de las Damas Catequistas, 7 de mayo de 1922).

Pero todo cuanto indicamos ahora sobre la Maternidad de la Virgen no es algo que se puede decir para enfervorizar a los oyentes de un sermón. No; es la *realidad*, una de las más consoladoras realidades. María al mismo tiempo, en el mismo instante en que fue hecha Madre de Dios fue también constituída verdadera Madre de los hombres.

Recordemos la escena. María pedía todos los días a Dios que enviara al Salvador porque el mundo se hundía en los vicios y pecados. Un ángel se presenta en su casita de *Nazaret* y la saluda: "Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo, bendita Tu eres entre todas la mujeres" (*San Lucas*, 1.28). La Virgen, en su humildad, se turba, y el Angel la comunica cómo ha sido elegida para concebir y dar a luz a Jesús, el Hijo del Altísimo. El Espíritu Santo obrará el milagro, y Ella, La Virgen, será la Madre de Dios, María, siempre humilde, pero confiando en el Señor, acepta el encargo aunque prevé ya que tendrá que sufrir siendo la Madre dolorosa del Redentor. En el instante en que pronuncia aquellas palabras: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra" (*San Lucas*, 1.38) aceptando su oficio, María concibe a Jesús y, con El, a nosotros también. Desde entonces precisamente es nuestra verdadera Madre, y nosotros también podemos en adelante dirigirnos a Dios, implorando su paternal benevolencia, con esta súplica: "**Señor, yo soy tu siervo, y el hijo de tu Esclava**" (*Salmo* 115).

En el *Calvario*, Jesús corona su obra de la Redención, y la Virgen, al ofrecer el sacrificio dolorosísimo de la entrega de su Hijo, nos da a luz a la nueva vida. Por las palabras de Cristo a su Madre: "Mujer, he aquí a tu hijo" (*San Juan*, 19,26), y a San Juan -y en el Apóstol a nosotros-: "He aquí a tu Madre" (*San Juan*, 19,27) Ella no queda constituida Madre nuestra, que ya lo era desde la Anunciación, sino proclamada oficialmente ante todo el mundo en el momento más solemne de la Historia. Jesús agonizante, en prueba de que moría por nuestro amor, por nuestra salvación, nos dejaba desde la Cruz lo mejor y, a la vez, lo único que ya le quedaba: su Madre. Muerto, nos había de legar aún, con el agua y sangre que brotaron de su costado abierto por el soldado, el gran regalo de su Corazón. Y aquella misma lanzada traspasó espiritualmente el Corazón de la Virgen, presente e intercediendo siempre por sus hijos.

3

INFLUENCIA ESPIRITUAL DE LA VIRGEN

Si la Virgen es nuestra Madre hará con nosotros todos los oficios que las madres desempeñan para con sus propios hijos. Ni más ni menos. Las madres quieren a sus hijos, piensan en ellos: es el aspecto interno de esta relación de madre a hijo. Y, además, proyección externa de la misma realidad, se ocupan de ellos, entendiendo esta palabra ocuparse en su más amplio sentido que comprende un sin fin de acciones en las que se manifiesta prácticamente el amor que las anima.

La Virgen nos quiere. Nos quiere mucho. Como una madre quiere a su hijo, como nos quieren nuestras madres, y más aún. Porque Ella, que ama a Jesús con un amor inmenso, está viendo en nosotros los predilectos suyos, las criaturas por quienes su Hijo divino no vaciló en morir, a fin de conseguirnos la entrada en el cielo, la felicidad eterna. Ella también nos la desea con todo el afecto de su Corazón Inmaculado, ese Corazón que la Virgen recibió de Dios con cuantas gracias necesitaba para convertirse realmente en el Corazón de Madre de todos los hombres.

La Virgen nos quiere y, por eso, *piensa en nosotros* y se preocupa por nuestro bien. Aunque no nos acordemos de Ella, aunque seamos pecadores. Y, si lo somos, casi más porque corremos mayor peligro y somos más dignos de lástima. Así piensa San Alfonso María de Ligorio, el gran cantor de la Virgen, cuando escribe: "Cuanto más infelices somos los pecadores, más nos amais y con mayor solicitud nos buscais para salvarnos" (*Glorias de María*, Parte I, cap. 1, 4º).

¡Qué sentimientos deben despertar en nosotros estas realidades de la compasión y del amor de nuestra Madre del cielo! Porque ya serían ellas de por sí suficientes para provocar nuestro agradecimiento y nuestra simpatía. Pero hay más. No para ahí el oficio de la Virgen en ese primer aspecto de manifestación interna.

Nuestras madres, muchas veces, no pueden más. Piensan en sus hijos, se preocupan, lloran, pero no son capaces de remediar sus necesidades. Si tienen mucha fe rezan y piden por ellos. Así, Santa Mónica, tras largos años de oraciones, consiguió al fin la conversión del que había de ser San Agustín. ¡Y cuántas otras le han imitado antes y después!.

La Virgen utiliza en nuestro favor este arma de la súplica. *La Virgen reza por nosotros* aunque no lo imaginemos, aunque no nos acordemos de Ella. Pero con una diferencia a nuestro favor en relación con las demás oraciones y peticiones que otros dirigen por nosotros;

porque Ella, Madre de Dios, es la *omnipotencia suplicante*. Jesucristo, que en la tierra obedeció a su Madre, en el cielo está dispuesto a escucharla en sus súplicas por el bien de las almas y por la salvación eterna de sus redimidos, los pecadores.

¡Cuántas gracias nos habrá ya conseguido la Virgen! Y muchas de ellas habrán pasado para nosotros totalmente inadvertidas, y quedado ocultas. En el *orden espiritual*: auxilios en momentos difíciles, tentaciones vencidas, perdones alcanzados, inspiraciones... En el *orden material*, resoluciones favorables de asuntos y necesidades variadísimas... Sucesos, pequeños o grandes, cuyos desenlaces satisfactorios nos han sorprendido y alegrado. Nos hemos preguntado cuáles serían sus causas. Y, acaso, las hemos atribuido al azar. ¿No andaría, más bien, de por medio la solicitud maternal de María? Los que la invocan a menudo y con fe conocen muy bien y por propia experiencia los efectos maravillosos de su intervención. Pero a nosotros nos ha podido socorrer aun sin recurrir a Ella. Así ayudó también a los esposos de Caná de Galilea. ¡Cuánto más podemos confiar en su intervención maternal si, en adelante, la invocamos constantemente! Está aguardando nuestras peticiones. Ella obtiene, como dice nuestro Pontífice Pio XII, "con su apremiante intercesión que de la excelsa Cabeza (que es Jesucristo) desciendan sin interrupción sobre todos los miembros del Cuerpo Místico (o sea, sobre todos

los que constituimos la Iglesia) copiosos raudales de gracias" (*Encíclica sobre el Cuerpo Místico de Cristo*, epílogo). María, nuestra Madre, es la *Medianera Universal* de todas las gracias y está deseando concedérnoslas.

4

EL PAPEL DE LA VIRGEN EN NUESTRA VIDA

Todo cuanto hasta aquí llevamos explicado, aunque sea cierto y como tal lo creamos, no siempre llega a impresionarnos suficientemente por pertenecer a ese orden de cosas, oculto y secreto muchas veces, en que se mueven las realidades espirituales, la oración y las gracias que, mediante ella, nos consigue la Virgen. Somos hombres al fin y al cabo y nos gusta palpar las cosas, y como tocarlas por la experiencia directa y personal. Por eso, quisiéramos ver a la Virgen actuando más de cerca, sentir su intervención más inmediata en nuestros asuntos, en nuestros problemas, en nuestra vida toda.

No nos va a resultar difícil satisfacer esta exigencia. Basta reflexionar un poco para entender y admirarse del puesto asignado por Dios a *la Virgen en la vida de los hombres*. Realmente Ella desempeña un papel maravilloso, más insustituible aún que el de las madres en nuestras familias. A nuestra religión, sin la Virgen , le faltaría algo fundamental. Como a muchos protestantes que no honran todavía a la Virgen. Es la suya, en tal caso, una religiosidad rígida y difícil, en la que faltan la alegría y la confianza

de la piedad católica, nacidas al calor del amor maternal.

Pero veamos ya en qué manifestaciones se concreta, en la práctica, esa influencia tan beneficiosa de la Virgen.

MODELO EN LA VIRTUD

Ella es nuestro *modelo en la virtud.* Por ser cristianos tenemos que aspirar a ser perfectos y santos, cada cual en la medida y en el estado de vida dispuestos por Dios. Cierto que Jesús bajó al mundo no sólo para redimirnos, para salvarnos, sino también para darnos ejemplo de vida. Según esto, El es el primer modelo y el más perfecto. Pero sabemos que es Dios al mismo tiempo que Hombre y, por eso mismo, su virtud y su santidad nos parecen que están demasiado altas. Admiramos su caridad, su paciencia, su humildad..., todas sus virtudes, pero exclamamos: "¡Es que era Dios! Nosotros ahí no podemos llegar, ¡pobres hombres como somos!" Y nos desanimamos. Con la Virgen, en cambio, no pasa otro tanto. Ella es pura criatura, de nuestro mismo barro formada. Al verla tan pura, tan sacrificada, tan devota, tan amante de Dios, comprendemos hasta donde puede llegar un hombre o una mujer en su subida hacia Dios. Y, sin querer, nos animamos para subir nosotros también, no hasta su misma altura, pero sí hasta donde podamos.

Ella es la *imitación* más exacta *de Jesús.* Imitándola nosotros imitamos a Jesús. También los santos son modelo de imitación, pero la Virgen los aventaja particulamente en dos aspectos. Cada uno de los santos destaca por una virtud particular, éste en la caridad, aquél en la pureza, un tercero en la penitencia... En la Virgen todas lucen lo mismo, de manera que quien decide imitarla, crece al mismo tiempo y adquiere a la vez todas las virtudes. Pero, además, hay en esa santidad y en toda la vida de María una circunstancia muy especial que nos facilita enormemente la imitación. No encontramos en la Virgen hechos extraordinarios ni llamativos. ¡Cuántos no se deciden a cambiar de vida y al cumplimiento exacto de la Ley de Dios porque tienen miedo, porque no se sienten con fuerzas para las cosas grandes que han oído hicieron los santos en sus vidas! No tienen arrestos para tanto. La Virgen es el *modelo más sencillo* que uno puede imaginar. Ella nos enseña una santidad fácil, al alcance de todos. Santidad altísima, santidad heroica, pero santidad imitable por todos y cada uno de nosotros en la vida ordinaria de madre de familia, de estudiante, de hombre de negocios, de religioso..., *santidad del cumplimiento del deber* de cada día y de cada momento con el corazón siempre puesto en Dios.

MAESTRA Y EDUCADORA

De nada serviría el que la Virgen fuera nuestro modelo si su acción no se extendiera más allá. Veríamos su perfección, admiraríamos su ejemplo, pero permaneceríamos en el primer estado. No es así, sin embargo, y aquí se manifiesta una de las intervenciones más admirables de la Virgen. Ella nos enseña la virtud, es decir, logra que aprendamos la lección y se convierte en *nuestra Maestra.* Para esto Dios le ha otorgado una gracia misteriosa. Para el que decide acercarse a Ella, ponerse bajo su protección e imitarla, su virtud adquiere un poder de atracción insospechado, y uno, insensiblemente, se va pareciendo a Ella cada vez más. Ocurre como con los niños pequeños. Sin saber cómo, hablan como su madre, sonríen como su madre, tienen en sus ojos la misma expresión que su madre. Es que el mirarse en aquellos ojos maternos ha prestado a los suyos la misma luz, y así, de la sonrisa y de la voz que tantas veces han experimentado. El que es devoto de la Virgen, viviendo a su lado, es puro como Ella, es humilde como Ella..., se parece a Ella. Resulta grato pensar cómo la Virgen educaba al Niño Jesús en la práctica de las virtudes. El no precisaba ese aprendizaje, pero se dejaba enseñar para ejemplo nuestro. ¿No querremos nosotros, tan necesitados, ocupar su puesto a los pies de la Virgen?.

ESTIMULO EN LAS DIFICULTADES

Tampoco se detiene aquí su influjo. Nadie niega que la *vida cristiana* tenga sus *dificultades*; la simple guarda fiel de los Mandamientos puede resultar costosa, según la antigua expresión de Cristo: "¡Cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la vida, y qué pocos son los que la encuentran!" (*San Mateo*, 7,14). A esa dificultad natural se añaden, en ocasiones, otras que provienen de circunstancias especiales del ambiente que nos rodea, peligros, tentaciones, etc. El mantenerse, entonces, fiel a Dios se hace duro, hay que luchar y hacerse fuerza, vencer nuestra inclinación humana que nos empuja hacia lo más fácil que, generalmente, no suele ser lo mejor, sino lo peor. Más de una vez, en esos momentos difíciles, el recuerdo de la salvación o condenación no nos hace fuerza y necesitamos de otros estímulos para guardar la Ley de Dios que siempre nos obliga.

En el orden natural, el *recuerdo de la madre* empuja al hombre a grandes esfuerzos. ¡Todo antes que verla en la miseria, cualquier sacrificio por no verla llorar! En lo espiritual ocurre algo parecido, pero en una escala mucho mayor, tanto mayor cuanto es superior la dificultad que hay que vencer. Ella, *la Virgen* nuestra Madre, *nos anima*, alienta, da fuerza, confianza, valor. Por la Virgen muchos se acercan al templo. ¿No hemos visto muy llenas las iglesias, otros días

tan poco frecuentadas, en ocasión de sus grandes festividades? Por Ella resiste uno los incentivos del pecado y conserva la limpieza del corazón, por Ella las personas consagradas a Dios ofrecen nuevos y dolorosos sacrificios que rompen el alma... ¿Qué ha sucedido? Que el afán de agradar a la Virgen ha convertido en fácil o, por lo menos, en hacedero lo que parecía difícil. Lo que no hubieramos emprendido por todo el oro del mundo lo hacemos por la Virgen.

ULTIMO RECURSO

Un último paso. Hay hijos que han reñido con sus padres, se han enfadado y se han marchado de casa. No se acuerdan de ellos, cuando los encuentran por el camino no los saludan o, acaso, por evitarlos viven lejos. Parece como si se hubieran roto los lazos más íntimos del amor filial. Y así pasan años y años. Hasta que, un día, se enteran de que su madre está enferma, muy enferma, y va a morir. También a éstos les puede el recuerdo de su madre y consigue lo que no consiguieron los consejos de los amigos ni las luces de la razón.

Hay *grandes pecadores* que han caído muy abajo, y ahí se mantienen durante toda su vida. La luz de la fe se ha apagado o brilla tan débil, que es insuficiente para alumbrar un camino sin tropiezos y asegurar una salida feliz al fin de la vida. Todo está perdido. No quieren reconciliarse con Dios. Ya no creen en El o, si admiten